

die pudiese saber quién fuese este niño. Añade el mismo historiador que nuestro Zacarías dió la explicación fundándose en lo que había leído en un antiguo libro hebreo, en el cual se decía, que el rey Joás, despues de dar muerte á este profeta, fué afligido con muchos azotes, y particularmente con la pérdida de su hijo, á quién profesaba entrañable cariño, y que murió siete dias despues del profeta. De modo que, impresionado el príncipe con esta desgracia, y considerándola como un castigo de Dios, quiso, para hacer una manifestación pública de su arrepentimiento y para satisfacer en alguna manera á la justicia divina, que este niño fuese enterrado á los pies del Profeta, cuyo cuerpo se encontró enteramente incorrupto, y cual si acabase de expirar. Tenia la cabeza pequeña y afeitada, la nariz larga, la barba espesa, y los ojos algo hundidos y poblados de cejas.

Marcos fué otros de los discipulos de san Silvano. Sobresalió en la obediencia, y esta virtud le hizo tan estimado de su maestro, que los demás discipulos concibieron alguna envidia, y se lamentaban con los ancianos. Estos se lo hicieron presente al santo abad, representándole que era una falta muy visible. Pero él los recibió con las muestras de caridad que le eran habituales, y sin esperar á que hablasen dél particular, los llevó á las celdas de sus discipulos, y tocando en la puerta de cada una de ellas, decía: Hermano tal, venid, que os necesito. Ninguno de ellos se apresuró, á ejecutar sus órdenes. Cuando hubo recorrido todas las celdas, llegó á la de Marcos, el cual salió tan luego como oyó la voz de su maestro. Silvano le recomendó que hiciese alguna cosa que se le ocurrió, y entretanto dijo á los ancianos: Ved como ninguno de los discipulos, á excepción de Marcos, ha acudido á mi llamamiento. — Al mismo tiempo les hizo entrar en la celda de Marcos para ver en que se ocupaba cuando fué llamado, y encontraron

que estaba escribiendo, y que habia sido tan pronta su obediencia, que no terminó una ó que habia empezado. Admirando los ancianos una obediencia tan exacta, dijeron á Silvano: En verdad, Padre mio, que teneis mucha razón en amar á este discípulo, y desde ahora también nosotros le amamos, porque este alma debe ser muy agradable al Señor. »

La obediencia de Marcos no era sólo exterior: pues no sabia pensar otra cosa que lo que su padre pensaba: creia más en la palabra de éste, que en lo que sus propios ojos veian. Silvano quiso dar á los ancianos otra prueba aún más evidente. Paseábase un dia con ellos por el desierto, y viendo pasar un cachorrillo jabalí, aprovechó Silvano esta ocasión para hacerles ver que su discípulo no sabia contradecir. — Mira, Marcos, le dijo, mira que hermosos cuernos tiene ese búfalo. — Hubiera podido responder naturalmente que no era un búfalo, sino un jabalí, y que no tenia cuernos; sin embargo, le respondió con sencillez: Sí, Padre mio, teneis razón. — Los ancianos no pudieron ménos de admirar la sencillez de esta respuesta, que daba á conocer un espíritu dócil, y quedaron tan edificados, que el caso les sirvió de instrucción.

No fué esta sola la virtud que resplandeció en este discípulo. Estaba enteramente desprendido del mundo, y de todo lo que podia serle más querido. Su madre vino á verle rodeada de grande ostentación, y seguida de numeroso cortejo. El abad Silvano salió á recibirla, y accediendo á sus súplicas, mandó al discípulo que fuese á verla, y fué tan pronta su obediencia, que se presentó en el mismo estado en que se hallaba, con un saco lleno de girones y remendado, y con la cara sucia, por estar ocupado en la cocina. En esta situación se presentó á su madre y á las personas que la acompañaban, y cerrando dulcemente los ojos, dijo por tres veces: « Yo os saludo, » y en seguida se retiró.

No le conocieron, y todos creyeron que era un hermano que casualmente pasaba. La madre rogó de nuevo al abad Silvano que le enviase á su hijo para verle, y éste le hizo llamar para saber la causa de su tardanza. Ya me he presentado, le respondió Marcos, como me lo ordenasteis, y os suplico que no me lo mandeis de nuevo, por que me exponéis á peligro de desobedeceros. Entónces el abad Silvano dijo á la madre, que el que se habia presentado y saludado por tres veces era su hijo. Procuró consolarla, y que se retirase.

Marcos siguió á su maestro á Sina, en donde su madre solicitó de nuevo con lágrimas abundantes tener el consuelo de ver á su hijo. Mandóselo el abad; pero viendo que se disponia á obedecer, y que al mismo tiempo se deshacia en llanto, le permitió que no fuese á verla.

Aparece de una circunstancia de su muerte, que no fué ménos favorecido de Dios que amado de Silvano, pues hay motivos para creer que se le reveló la hora en que habia de acaecer. Preparábase Silvano á partir para la Palestina, y Marcos le dijo: « Padre mio, no puedo resolverme á abandonar á Sina, y sin embargo, no quiero separarme de vos: yo os ruego que dilateis vuestro viaje sólamente tres dias ». — Hizolo Silvano, y al cabo de este tiempo murió Márcos.

Los griegos hablan en sus Menologios, y tributan grandes alabanzas á Zenón, otro de los discípulos del abad Silvano, asignando su fiesta al 9 de Junio. Dicen que su ciega é increíble obediencia, su extrema austeridad y su amor á la pobreza le merecieron el don de milagros. Libró á gran número de posesos, y despues de una vida santa fué á gozar de Dios á la edad de sesenta y dos años. Estos grandes favores del cielo se confirman con otros muchos testimonios.

Cuando moraba en Sceté, salió una noche de su celda para ir al pantano: pero se extravió de tal manera, que, des-

pues de caminar tres dias y tres noches por parajes desconocidos, le faltaron las fuerzas y cayó en tierra casi muerto. En esta situación vió á un niño que le traia pan y agua. Temiendo Zenón que fuese una ilusión del maligno espíritu, acudió á la oración, el arma ordinaria de los santos contra los artificios del demonio, y vió que el niño le alababa por ello; pero no fiándose Zenón, repitió segunda y tercera vez su oración, y el niño continuó diciéndole que hacia muy bién en orar. No pudiendo ya dudar de que era la Providencia la que le enviaba aquel consuelo, tomó con acción de gracias el alimento que le presentaba el niño. Cuando hubo concluido, díjole éste. « Os habeis alejado mucho de vuestro camino: venid conmigo, y os llevare. » — Siguióle pues, y al poco tiempo se hallaba en el lugar que se proponia. Rogó al niño que entrase para orar juntos; pero éste desapareció.

Hallándose en la Palestina, se vió obligado á emprender un viaje, y sintiéndose fatigado, se sentó á la sombra de un árbol, cerca de un campo sembrado de pepinos. Vinole al pensamiento coger uno y comérselo; pero reflexionando sobre este pensamiento se dijo á sí mismo: si los ladrones son condenados á grandes suplicios, yo, que quiero robar, debo ver si puedo soportarlos. Cinco dias pasó expuesto á los rayos de un sol abrasador, y á pesar de estar extenuadas sus fuerzas, raciocinó, diciendo: Veo que no puedo sufrir los suplicios á que son condenados los ladrones: luego debo guardarme de robar, y no comer otra cosa que lo que gane con mí trabajo.

Dícese de él que se propuso no admitir cosa alguna de nadie, y así es que los que le hacian algún presente se retiraban llenos de tristeza, viendo que los rehusaba. Por otra parte, como se le tenia por un santo, habia personas que hubieran deseado recibir de él alguna prueba de afecto; pero como observaba la más entreccha pobreza, tam-

co tenía nada que darles, y se volvían también entristecidos. Viendo pues que todos se afligían con esta conducta, se decía á sí mismo : ¿ Qué haré para no causar pena á nadie ? será lo mejor tomar lo que me den, y darlo á los que me pidan. Hízolo así, y encontró satisfacción y tranquilidad en el bien que recibían los pobres.

Han llegado hasta nosotros algunas de sus sentencias, llenas de edificación. « Si quereis, decía, que vuestras oraciones sean oídas prontamente, comenzad por la mañana, tan luego como os levanteis, á pedir con todo vuestro corazón por vuestros enemigos, aún ántes que por vos mismo, y estad seguros de que se os concederá todo lo que pidais. »

Para evitar los peligros de la vanidad, daba este consejo. « No habiteis en ningún lugar que sea célebre : no os trateis con ningún hombre que tenga reputación : no hagais ninguna celda que pueda designarse con vuestro nombre de modo que pueda decirse : esta celda es de tal hermano. »

Vino á visitarle un solitario de Egipto, y declarándole las tentaciones que padecía, le dijo Zenón, admirado de su humildad : « Los egipcios ocultan las virtudes que tienen, y no manifiestan más que sus defectos. Los sirios y los griegos hacen todo lo contrario, gloriándose de las virtudes que no tienen, y ocultando sus defectos. »

Otro día vinieron unos religiosos á suplicarle que les explicase este pasaje de Job : « *El cielo mismo no es puro en la presencia de Dios* ¹. » Los hombres, les respondió no se preocupan de sus pecados, y quieren penetrar las cosas de Dios. El sentido, pues, de estas palabras es que sólomente Dios es puro. »

Había en una ciudad un hombre que ayunaba mucho, por lo cual le pusieron el sobrenombre de Ayunador, Súpolo Zenón, y le rogó que viniese á verle. Vino efectivamente,

¹ Job, xv, 15.

y después de orar juntos según la costumbre de los solitarios, que empezaban siempre con la oración las visitas que hacían ó recibían, se sentaron los dos á trabajar. Viendo el ayunador que no entraban en conversación, empezó á fastidiarse, y dijo al fin : « Pedid por mí, Padre mio : voy á retirarme. — ¿ Porqué ? le dijo Zenón. — Siento en mi corazón un fuego que nunca he experimentado ; por el contrario, cuando estoy en la ciudad, ayuno sin trabajo hasta la tarde. — No os admireis, le respondió Zenón : es que en la ciudad os alimentais por los oídos, aludiendo á los aplausos que recibía. Pero creedme : en adelante vais á ayunar nada más que hasta la hora de Nona. — El ayunador siguió este consejo, y vió que le costaba trabajo ayunar hasta la hora de Nona, es decir, tres horas ántes de lo que tenía costumbre. Los vecinos de la ciudad que le conocían y habían alabado su mortificación, se apercibieron de esta mudanza, y empezaron á escatimarle su estimación. Hasta llegaron á decir que se hallaba poseído del demonio. Vino entónces á referir á Zenón lo que sucedía, y éste le dijo : « Precisamente estais ahora en el verdadero camino de Dios. »

Réstanos hablar del abad Nathyr ó Netra, otro de los discípulos de san Silvano. Al parecer, no se separó nunca desina, hasta que fué sacado de la soledad para gobernar la iglesia de Farán. Como este desierto estaba muy cerca del país de los sarracenos, se cree que Nathyr fué el segundo obispo de esta ciudad, y que sucedió á san Moisés, de quién hemos hablado en el capítulo precedente.

Nathyr, una vez consagrado obispo, redobló sus austeridades corporales. Preguntóle la causa de ello su discípulo, y obtuvo esta respuesta : « Cuando estaba en la soledad, vivía en la pobreza y en el recogimiento, y cuidaba más de mi salud, á fin de no caer enfermo, y que se me obligase á buscar las comodidades que me faltaban ; pero

ahora tengo que guardar ciertos miramientos con el mundo, y hay infinidad de ocasiones en que tengo que salir de los límites de la moderación. Si aumento mis austeridades, para librarme de estas ocasiones, caigo enfermo, y entónces no podría llevar adelante mi resolución de volver á la soledad. »

LOS SANTOS NILO Y TEODULO, SU HIJO, SOLITARIOS ¹

Todo lo que vamos á referir de estos solitarios del Sina, asesinados por los sarracenos, lo hemos tomado de la narración del mismo san Nilo.

Era éste de una nobilísima familia de Constantinopla ², y tanto por esta condición, como por sus cualidades personales fué elevado á la dignidad de gobernador de esta ciudad imperial, cargo que desempeñó bajo el gran Teodosio y su hijo Arcadio. Contrajo matrimonio con una esposa digna de su mérito, tanto por su nacimiento como por sus virtudes. Todo le sonreía: tenia grandes riquezas: ocupaba un puesto distinguido: Dios habia bendecido su matrimonio dándole dos hijos, que podian sostener el esplendor de su casa, y ser el consuelo de su ancianidad, y entre él y su esposa mediaba esa unión estrecha que hace felices los matrimonios.

Pero Dios exigió de él sacrificios en que nadie habia

¹ Obras de san Nilo, Nicéforo, Pocio, Tillemont, don Cèillier, y Baillet.

² Tillemont, sin embargo, cree que era natural de Ancira, ciudad de Galacia en el Asia Menor, hoy Angora.